

convertidos al catolicismo, que les daban la comida y ropa que sus familias les llevaban. Mientras los misioneros no entendían la lengua de los indígenas, la instrucción se reducía á enseñarles la oración dominical, el *Ave María*, algunas oraciones en latín, y á enseñarles los principales misterios de la religión, algunas veces por medio de algún intérprete, que la casualidad llevaba por las poblaciones en que estaban, pero generalmente por estampas que ponían en las escuelas y cuyos asuntos explicaban por señas. Anhelando ardientemente poseer el idioma de los indígenas para propagar más fácil y elocuentemente la religión cristiana y comunicarse con ellos, se dedicaron con empeño y asiduidad á aprenderla. Varios medios emplearon para alcanzar el objeto deseado. Era uno, tomar parte en los juegos de los educandos, llevando siempre tintero y papel. Cuando creían haber entendido alguna voz, por la consecuencia del mismo juego, la apuntaban; y juntándose por las tardes los misioneros de cada punto, confrontaban entre sí los apuntes, formando así una especie de diccionario, que iban aumentando diariamente con nuevas voces que aprendían y procuraban retener en la memoria. Para poner á prueba la exactitud de las palabras, las repetían á los niños, quienes comprendiendo el noble objeto que guiaba á los excelentes sacerdotes, no solamente les corregían la voz cuando no estaba pronunciada con perfección, sino que les dirigían muchas preguntas, proporcionándoles de esta manera la inteligencia de muchas frases. Mucho les sirvió para que adelantasen en el conocimiento del idioma, dos niños, hijos de una viuda española. Criados entre

los muchachos indios, sabían la lengua del país casi como la suya propia. Los misioneros al tener noticia de la existencia de aquellos dos niños, rogaron á Hernán Cortés que hiciese por enviarles alguno de ellos. El caudillo español hizo presente á la madre la petición de los religiosos y el objeto santo que la dictaba, y la viuda accedió de buena voluntad, enviando uno de sus tiernos hijos. Aquel niño vino á ser el maestro de dos misioneros; y más adelante, instruido por ellos, llegó á tomar el hábito, llamándose Fr. Alonso de Molina.

No puede uno menos de admirar los nobles esfuerzos que, animados de un verdadero celo religioso, hicieron los dignos misioneros españoles para aprender los diversos idiomas que se hablaban en la inmensa extensión del territorio comprendida bajo el nombre de Nueva-España. A ese trabajo y constancia de los infatigables religiosos, se debe que hayan sido reducidos á principios gramaticales las varias lenguas indias y que se formasen diccionarios de todas, siendo ellos únicamente los autores de esos hoy curiosos libros, y entonces altamente útiles.

Conocedores de los idiomas indios, compusieron en ellos catecismos, máximas morales y obras de devoción, en que estudiando los educandos, se facilitaba la instrucción religiosa, extendiéndose maravillosamente.

A la enseñanza religiosa, agregaron la de otros ramos importantes, entre los cuales se contaban el leer y el escribir. El padre Fr. Pedro de Gante fué el que más se distinguió en la enseñanza de los últimos ramos. La escuela que planteó en Texcoco, fué la primera que hubo en todo el vasto continente americano. En ella se ocupaba de enseñar lectura y escritura á los hijos de

los indios nobles. Habiendo pasado á la capital de Méjico, continuó en la misma ocupacion, y fundó el colegio de San Juan de Letran que al principio no fué mas que escuela destinada á enseñar á los indios lectura, escritura y latinidad, planteando igualmente el colegio de las niñas, destinado á la enseñanza de jóvenes indias nobles.

A las gramáticas, diccionarios, obras de moral y de devocion, escritas en las lenguas indias, agregaron más tarde libros importantes de historia, presentados en los mismos idiomas. Fray Andrés de Olmo, franciscano español, aprendió el mejicano, el totonaco y el huasteco, y en las tres lenguas escribió libros de suma importancia, no menos para los naturales que para los españoles (1). Bernardino Sahagun, franciscano tambien, que estuvo dedicado por espacio de sesenta años á la enseñanza de los indios, escribió diversas obras en español y mejicano, siendo la más notable de él, un diccionario universal de la lengua mejicana, que abrazaba la geografia, la religion y la historia política y natural de las aztecas (2). No fué menos laborioso el franciscano Fr. Toribio de Benavente; aquel humilde religioso de hábito raído por el tiempo, á quien por su pobreza llamaron los indios Motolinia, ó *fraile pobre*. En medio

(1) En las tres lenguas expresadas hizo gramáticas y diccionarios; en castellano, escribió un tratado sobre las antigüedades mejicanas, y en azteca ó mejicano, escribió las exhortaciones que hacian á sus hijos los antiguos mejicanos.

(2) Esta obra, de notable erudicion y laboriosidad, fué enviada por el marqués de Villamanrique, virey de Méjico, al cronista real de América, residente en Madrid.

de sus tareas apostólicas, entregándose sin descanso á la instruccion de los indios, escribió, aunque no en azteca, la *Historia de los indios de la Nueva-España*, una obra sobre el calendario mejicano y algunos otros libros de suma utilidad para los indios, no menos que para los españoles.

Mientras el mundo hablaba de las riquezas de los países de la América y los corsarios franceses surcaban los mares anhelando apoderarse del oro que los conquistadores enviaban á su monarca como muestra de la abundancia de preciosos metales en los países descubiertos, los virtuosos misioneros, descalzos, sin tomar otro alimento que el de los indios, sin mas ambicion que la de instruirlos, aprendian las lenguas del país y enseñaban en ellas á los nativos. Con estos penosos trabajos, que ellos consideraban como un bien, puesto que cifraban su dicha en ser útiles á la humanidad, con esas difíciles tareas en formar obras en los idiomas de los indios para instruir á los nativos; con esa dedicacion á formar gramáticas y diccionarios, que luego perfeccionaron los jesuitas, no aspiraban los humildes misioneros á conquistar el renombre de filólogos, sino á extender en los oscuros pueblos de los indígenas la luz del saber, de la caridad y de la religion. Desgraciadamente se han perdido en nuestros dias una parte de esas gramáticas y diccionarios hechos por los religiosos, á costa de admirable constancia y fatigoso trabajo, y no hay ya biblioteca pública ninguna en Méjico donde se encuentren.

Mientras los misioneros se ocupaban con verdadero celo apostólico en la instruccion de los naturales, Hernan Cortés continuaba dictando acertadas providencias

que diesen por resultado el desarrollo de la agricultura, de la industria y de las obras materiales en el país. Hizo llevar de Cuba, de Santo Domingo y de las demás islas dominadas por España, ganado mayor y menor, la caña dulce que Colon habia llevado de las Canarias á las Antillas; pidió al emperador que enviase labradores con toda especie de semillas; «que diese orden para que cada barco que marchase de España hácia Méjico, llevase cierta cantidad de plantas, pues era el medio mejor de engrandecer el país, y que se dignase allanar los obstáculos que el gobernador de la isla de Cuba ponía para que saliesen de ella caballos y yeguas hácia el nuevo reino.» Al mismo tiempo que atendía á estos importantes ramos, no descuidaba ninguno de los otros relativos al gobierno y buen orden de la sociedad. Llama la atención lo mucho que se hizo desde 1521, en que se tomó la capital de Méjico, hasta 1524 en que escribió al emperador su cuarta carta. Se estableció la administracion política y militar; se reconoció la riqueza y la extension de las diversas provincias agregadas á la corona, formando en el vasto territorio poblaciones españolas con un gobierno municipal; se abrieron caminos, siendo el primero el que conducía de Méjico á Veracruz; se examinaron los volcanes, se hizo artillería, se fabricó pólvora, teniendo que sacar el azufre del cráter del Popocateptl, se construyeron buques para emprender la navegacion del mar del Sur, con objeto de encontrar el anhelado estrecho, y se encontraba extraordinariamente adelantada la reedificacion de la capital, ostentando edificios verdaderamente suntuosos. No eran menos notables los de beneficencia y

caridad, que se habian levantado en bien de la humanidad doliente. Varios hospitales se edificaron en diversos puntos de la ciudad, cuyo cuidado se habia puesto á cargo del virtuoso padre Fr. Bartolomé de Olmedo. Este venerable sacerdote habia recogido personalmente, en uno de esos asilos dedicados á los pobres, faltos de salud, en el hospital de Jesús, fundado por Cortés, todos los indios enfermos, y los curaba con evangélica caridad, poniendo singular esmero en su cuidado (1).

No se habian hecho menos progresos en las artes y en el buen gusto. Hasta los ramos de una refinada sociedad se habian establecido en la moderna capital. El arte de Terpsícore tenía ya sus admiradores, y el ayuntamiento habia cedido un solar á un maestro de baile que lo habia pedido para hacer su *escuela de danzar*.

Todo prosperaba; y los mejicanos, libres de pagar tributo ninguno, en tanto que no estuviesen terminadas sus casas y cuanto correspondía á la ciudad, podían ahorrar una buena parte de lo que ganaban.

Hernan Cortés, queriendo enviar al monarca algun presente que le diese idea de la riqueza de los nuevos países y de la habilidad de sus habitantes en el ramo de platería, dispuso enviarlo sin pérdida de momento. Habiendo caído, como tengo dicho, en poder de Juan Florin, corsario francés, el valioso regalo enviado con Quiñones y Alonso de Avila, se propuso reponerlo con otro, alegrándose, decía al rey en su cuarta carta, de que las riquezas enviadas hubiesen sido cogidas por los enemigos, pues

(1) Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.
TOMO IV

así «los franceses y los otros príncipes; á quienes aquellas cosas fueren notorias, agregaba, conocerán por ellas la razon que tienen de se sujetar á la imperial corona de Vuestra Cesárea Majestad.» El caudillo español ofrecia al monarca, enviarle alhajas no menos ricas y extrañas que las que se habian perdido. «Para principio de mi ofrecimiento, decia, envio ahora con Diego de Soto, criado mio, ciertas cosillas que entonces quedaron por desecho y por no digno de acompañar á las otras, y algunas que despues acá yo he hecho, que aunque como digo, quedaron por desechadas, tienen algun parecer con ellas.»

Con estas alhajas de raro mérito, envió Cortés al emperador una culebrina de plata, en cuya fundicion entraron, segun afirma en su carta, «veinticuatro mil y quinientos pesos de oro,» á cuya suma hay que agregar la cantidad dada á los fundidores y grabadores, así como de tres mil pesos de oro que costó el conducirla á Veracruz. Bernal Diaz elogia el trabajo artístico de la pieza, diciendo que salió «muy ricamente labrada de muchas figuras,» digna «para presentarse á un tan alto emperador como nuestro gran señor César.» Hernan Cortés asegura en su carta al soberano, que por ser una cosa notable, «y digna de ir ante tan alto y excelentísimo príncipe,» la habia mandado hacer, gastando en ella la suma expresada. Esta rica y preciosa culebrina, la primera y última acaso, en su clase, que se haya fundido de plata en el mundo, tenia grabada una ave fénix y el siguiente lema:

Esta ave nació sin par,
Yo en serviros sin segundo,
Vos sin igual en el mundo (1).

Este mote excitó la envidia de algunos cortesanos llenos de vanidad, para quienes los grandes servicios prestados por otros á la corona, eran una reconvencion que les hacia su conciencia. Hernan Cortés, para hacer resaltar mas su lealtad al rey con el valor del presente, decia al emperador: «Suplico á Vuestra Cesárea Majestad reciba mi pequeño servicio, teniéndole en tanto cuanto la grandeza de mi voluntad para le hacer mayor, si pudiera merecer; porque, aunque estaba adeudado, como á Vuestra Alteza arriba digo, me quise adeudar en mas, deseando que Vuestra Majestad conozca el deseo que de servir tengo; porque he sido tan mal dichoso, que hasta ahora he tenido tantas contradicciones ante Vuestra Alteza, que no han dado lugar á que este mi deseo se manifestase.»

No solamente quiso manifestarse espléndido Hernan Cortés con el monarca, remitiéndole las preciosas obras de alhajas de pluma, de finas telas y de ricos vestidos hechos por los nativos, sino que envió además sesenta mil pesos de oro pertenecientes á las rentas reales. Satisfecho de poder proporcionar á la corona grandes recursos con las vastas provincias que habia agregado á ella, decia al emperador, en la carta que le daba cuenta de aquel

(1) Herrera y otros historiadores no ponen esta ave sino aquesta nació sin par. Yo he seguido á Bernal Diaz, que sin duda debió tener bien presente el verso.

envio que no tenia en mucho la pérdida de lo que el corsario francés quitó á los anteriores comisionados, y agregaba: «Despues desto, se enviará cada vez que hubiere aparejo, todo lo mas que yo pudiere; y crea V. S. M. que, segun las cosas van enhiladas, y por estas partes se ensanchan los reinos y señoríos de V. A., que tendrá en ellas mas seguras rentas y sin costas, que en ninguno de todos sus reinos y señoríos.»

En medio de la satisfaccion que el caudillo español experimentaba, en disponer para el monarca el envio de los bellos objetos y de la suma perteneciente á las rentas, recibió una infausta noticia que acibaró profundamente su placer. Se le acababa de asegurar que Cristóbal de Olid, el valiente capitán que habia enviado á las Hibueras, en el golfo de Honduras, se habia separado de su obediencia, constituyéndose en gobernador del territorio ocupado. «Y la verdad, dice en su cuarta carta á Carlos V, Dios sabe la alteracion que yo desto sentí, porque demás de haber gastado mas de cuarenta mil pesos en oro en la negociacion, paréceme que si es verdad, es un gran deservicio de Vuestra Alteza, y se haze muy gran daño, así en la dilacion que habrá en poblarse aquellas partes y en los daños que los naturales dellas reciban.»

La noticia era cierta. Cristóbal de Olid, dando entrada á los consejos de algunos compañeros, se dejó cegar de la ambicion de mando y fué desleal al jefe que le habia honrado siempre con los mas distinguidos cargos. En cuanto llegó á la isla de Cuba para abastecerse de lo necesario y seguir su viaje, fué á verle el gobernador Diego Velazquez, mas que nunca enemigo de Hernan Cortés.

Mediaba entre el gobernador y Cristóbal de Olid una amistad antigua. Habia sido el segundo subalterno del primero, y aun su intérprete en la isla de Cuba. El joven capitán recibió á su antiguo jefe con las muestras del mas distinguido aprecio. Diego Velazquez iba acompañado de varios vecinos de buena posicion social. La conversacion cayó inmediatamente sobre el objeto de la expedicion á las Hibueras. Se ponderó las inmensas riquezas que poseian aquellas tierras, y se le aconsejó que al estar en posesion de ellas, se separase de la obediencia de Hernan Cortés. Diego Velazquez, para despertar la ambicion del joven capitán y lograr el objeto que anhelaba, le hizo una proposicion que halagó á su antiguo subalterno. Le propuso que el territorio de que iba á tomar posesion, quedase como descubrimiento de los dos, en nombre del rey de España, que Cristóbal de Olid quedaria gobernando en él, y que Diego Velazquez le proveeria de todo lo necesario, comunicaria la noticia al emperador, y alcanzaria para Olid el nombramiento de gobernador. Deslumbrado por la halagadora proposicion y por el afán de independiente mando, la aceptó Cristóbal de Olid sin titubear.

Hernan Cortés trató de marchar por tierra contra él desde que tuvo la noticia del acontecimiento, «para saber, dice, la verdad del caso, y si así fuese, castigarle conforme á justicia;» pero así por atender á los consejos de los oficiales que acababa de enviar el monarca y «porque aun de la verdad, como él añade, no estaba muy certificado,» suspendió su marcha, resuelto á obrar como conviniese, segun las nuevas que llegasen en el término

de dos meses que se proponia esperar. Sin embargo, no queriendo descuidar el remedio al mal, en caso de que fuese cierta la deslealtad de Cristóbal de Olid, dispuso enviar una armada para que castigase al rebelde, si era cierto el hecho de su desobediencia. Sin pérdida de momento hizo aprestar cuatro buques de los de mas porte, con abundantes bastimentos; embarcó en ellos ciento cincuenta hombres; ballesteros y escopeteros en su mayor parte, proveyó la expedicion de todo lo necesario, haciendo notables sacrificios pecuniarios; dió el mando de la division á Francisco de las Casas, pariente suyo, que acababa de llegar de España, caballero esforzado y de levantados pensamientos; y la flota salió de Veracruz hacia Honduras con viento favorable.

El caudillo español, al mismo tiempo que tenia puesto su pensamiento en los asuntos de las Hibueras y de Honduras, trabajaba en la realizacion de nuevas expediciones, y tenia presente el deber de que se extendiese la doctrina del Crucificado por los ámbitos de las numerosas provincias agregadas á España.

Cifrando grandes esperanzas en la esploracion de las costas del Pacífico, ordenó que se continuase con actividad la construccion de los cuatro bergantines que habia mandado hacer en Zacatula; y cuyos aparejos, cordaje, brea y velas, se habian quemado, como queda referido anteriormente. «Y crea Vuestra Majestad, decia al emperador, que me cuestan hoy los navíos, sin haberlos echado al agua, mas de ocho mil pesos de oro, sin otras cosas extraordinarias; pero ya, loado nuestro Señor, están en tal estado, que para la Pascua del Espíritu Santo pri-

mera, ó para el dia de San Juan de Junio, podrán navegar si betúmen no me falta.»

Hernan Cortés repetia la súplica que habia hecho en todas sus cartas anteriores: que le enviase «muchas personas religiosas y muy celosas de la conversion de los indios, de buena vida y ejemplo.»

Ponderando luego la fertilidad de la tierra y la aficion de los nativos á la agricultura, suplicaba, como lo habia hecho otras veces, que se enviase todo género de semillas y de plantas.

El ardiente afan del caudillo español no se concretaba únicamente al servicio del rey, sino que miraba con igual interés á la buena marcha de la nueva sociedad y al adelanto y engrandecimiento del vasto país que habia logrado unir á la corona de Castilla, con su política y con sus armas.